



Calle Libertad, Staphany Garnica

La belleza de lo valioso y el valor de la belleza

Juan Antonio López Benedí*

El objetivo del presente artículo es retomar una visión filosófica de los valores desde una perspectiva estética, implicada en la sensibilidad hacia los aspectos más sutiles de la naturaleza humana que nos engrandecen como personas y nos permiten alcanzar la meta de la felicidad, por la silenciosa senda de la belleza, que también se asoció con el Paraíso y el Nirvana en ciertas culturas. En esta forma podemos reorientar y renovar la tradicional forma en que los valores se transmitieron o inculcaron.

Ya desde las ideas que nos legaron Platón y Aristóteles que fueron convirtiéndose, durante muchos siglos en los pilares del conocimiento occidental, encontramos una infinidad de citas, reflexiones y comentarios críticos que desde ellas atestiguaron y abrieron caminos para las ciencias y la íntima sensibilidad de los valores humanos. Tales concepciones han seguido vigentes en muchos sectores de nuestra cultura hasta el día de hoy, de forma implícita o explícita. No pretendo ahora extenderme en referencias y análisis eruditos al respecto. Tan sólo tomaremos ciertas muestras por el camino, partiendo de una referencia del diálogo platónico *Hippias Mayor*¹ a partir de la cual se presenta la belleza como “aquella idea que al relacionarse con las cosas sensibles la hace aparecer como

deseable”. Su característica fundamental sería la luminosidad, y su función la de alumbrar el amor. Por ello mismo, siempre según Platón, esa cualidad suya del despertar amoroso, más allá de lo puramente sensible, se constituiría en el camino que lleva al conocimiento de lo bueno mismo; de lo más valioso. En el caso de Aristóteles, vemos que “lo bello y lo elegible por sí se encuentran en la misma columna”.² La belleza estaría, en este caso, en la armonía de la causa primera, como proporción de las partes con el todo. En este sentido representa orden, proporción, luminosidad y ritmo. Estas menciones pueden ser suficientes para iluminar un rastro de sugerencias proyectadas en mil formas a lo largo de la historia del pensamiento, que nos anime en nuestro caminar sin por ello tomarlas como conceptualizaciones cerradas.

Dando un salto en el tiempo y los conceptos filosóficos, nos acercaremos ahora al concepto de lo valioso, que surge de la idea nietzscheana de la inversión de los valores, muy combatida y escasamente comprendida por sus adversarios. Porque no es necesario ver en tal propuesta un ataque nihilista. Lo que Friedrich Nietzsche³ pretende no es destruir los valores, sino terminar con una doble moral que nos separa de la

Desde nuestra visión actualizada, tales dependencias estarían, por ejemplo, en los pactos esclavizantes que obligan a renunciar al propio camino por dinero, así como en las presiones o convencionalismos sociales que nos niegan la autoestima o la capacidad de construir nuestro propio destino.

realidad de la vida. Este peculiar filósofo nos ofrece una mirada a la realidad humana desde una perspectiva nueva. Cuestiona el sentido de las ideas y valores preconcebidos e impuestos por la tradición histórica,⁴ especialmente la del idealismo alemán de su época. Él nos ayuda a comprender que el tiempo y las costumbres influyen sobre nuestra forma de valorar generando, en las diferentes clases sociales, realidades divergentes. Lo que tiene valor en una sociedad, no lo tiene en otra. Ante el hombre débil y gregario, que él asocia con aquel idealismo que conceptualiza como nihilista, como vacío de contenidos vivenciales, Nietzsche opone una clase de hombre fuerte que afirma la vida. Un ser humano activo y capaz de crear valores; de dar sentido a cada momento vital.

Uno de los atributos principales de este superhombre, como persona que se supera continuamente a sí misma, ha de ser la libertad, pues en este ser humano él quiere ver de continuo su independencia y no la esclavitud a las costumbres, tradiciones o ideales. No debería depender de nada que no sea él mismo. Desde nuestra visión actualizada, tales dependencias estarían, por ejemplo, en los pactos esclavizantes que obligan a renunciar al propio camino por dinero, así como en las presiones o convencionalismos sociales que nos niegan la autoestima o la capacidad de construir nuestro propio destino. Desde su propuesta podríamos entender que ese superhombre, es decir, la persona que no se siente por encima de nadie, como algunos lo interpretaron, que no pisa a nadie, sino que se esfuerza por su propio desarrollo y plenitud cada día, es un ser humano que se moldea a sí mismo desde el gran estilo de la belleza vital que palpita en sus entrañas; que hace uso en sus acciones de una forma especial de lógica: aquella que desprecia y se deshace de todo lo débil y mezquino, como puede ser la voluntad que se ningunea y pervierte la propia vida. Su carácter ha de tener estilo; algo muy poco frecuente a su parecer. En ese camino, tales personas tienden a apartar todo prejuicio, opinión ajena y consejos para crear nuevos y propios valores, nacidos desde una pulsionalidad coherente interna, que no puede venir impuesta desde el exterior. Crear y asumir los propios valores se identifica

para él con aquella forma de construir la voluntad vital de la belleza. Es una forma de construirse a sí mismo según valores no heredados sino creados, una forma de llegar a ser en la grandeza de la peculiaridad personal. Y, dado que todo cuanto posibilita su propia vida proviene de su interior, el superhombre no ha de sentir temor alguno ante un mundo desdivinizado, inhumano, inmisericorde o injusto; su reto es justamente iluminar y fructificar, allí donde esté, con su propia luz. Una forma de alumbramiento que no espera nada para ofrecer su propia naturaleza, para entregarse en su propia forma de generar vida.

Crítica así la especulación y los discursos ampulosos, provistos de palabras y conceptos que necesariamente limitan la realidad. A través de ellas, como también sugiriera Immanuel Kant⁵ con su concepción de lo nouménico, no podemos penetrar en el origen complejo de lo plural ni en el devenir; en la evolución continua de las cosas. Por ello entiende que, de hecho, lo único que podemos conocer de la realidad es lo que nosotros mismos aportamos: interpretación y valoración. Esto no significa que todas las perspectivas sean igualmente válidas ni que Nietzsche se sitúe fuera de la moralidad. Tan sólo postula que su sentido ético progresa por caminos muy diferentes a los del cristianismo pragmático y populista y la metafísica tradicionales: la exaltación de la vida en su completo desarrollo. Por este medio pretende recuperar la inocencia griega del devenir, anterior a la filosofía misma.

Comprende por ello que no existe una visión obligatoria en su identidad para todos. Cada visión del mundo ha de estar cimentada, con plena coherencia, sobre valores específicos y actitudes de exaltación y belleza vital. No se trata de generar estructuras o "tablas de valores" predefinidos, sino de entender que todos y cada uno de los intentos por conocer y compartir son esfuerzos de personas concretas que procuran vivir sus formas concretas de vida, por razones concretas.

En este punto se hacen nuestras aquellas sugerencias. Ya no pueden ser teorías de otros que imitamos, sino semillas que germinan y florecen en cada uno de nosotros con su propia belleza y



Vista de Ciudad Juárez desde la colonia Corregidora, Staphany Garnica

grandeza; con su propio valor. Cada uno de nosotros se encuentra abocado a escribir el poema de su propia vida; su propia tragedia o comedia.

Aquí podemos enlazar también con la peculiaridad filosófica de María Zambrano,⁶ porque ella a su vez nos propone recuperar la tradición de lo valioso en nuestras vidas con la ayuda de un saber experiencial, difícilmente delimitable por los supuestos racionalistas. Ese sentimiento primigenio ha de provenir de la percepción misma de las cosas, como una intuición que despierta desde la sensibilidad plena, iluminada por la belleza. Proceso que pudo desembocar incluso en el nacimiento de los dioses, a los que se podría dotar de figura y nombre, como hizo Homero. Siguiendo esta premisa, la aparición de la conciencia y el encuentro con lo divino, se logran a través de un hecho revolucionario, irreductible a cualquier tipo de razonamiento; una realidad inabarcable en la que sólo el arte puede actuar como realidad mediadora. Entiende así que “el factor poético” es la puerta, en cuanto música y belleza que nos conmueve y trasciende. Y es precisamente la razón analítica, a su modo de ver, la que termina concluyendo que ni las proposiciones ni los hechos relacionados con el ámbito subjetivo pueden proporcionar valores universales. El camino del “vivir literario” o de creación de la propia historia vital, los moldea como “hechos psíquicos o de conciencia”.

Para María Zambrano, la metáfora es el lenguaje del alma. Y podemos entender ésta como nuestra potencialidad creativa vital. Contemplar la estética como el medio esencial que nos

ofrece un talante superior, en el mundo de la experiencia de las cosas, aunque por lo general se quede en un mero análisis superficial en la mayoría.

También para Ludwig Wittgenstein⁷ se encuentra clara la perfecta simbiosis entre lo bello, lo bueno y lo valioso. Por ello, la contemplación de esta dimensión metafísica es para él, con total propiedad, la estética.

Movidos por estas sugerencias, aterrizando ya en nuestra cotidianidad, deberíamos volver a mirar el mundo, cada día, como niños-filósofos naturales: desde el asombro. Así es como suele entenderse el origen de la filosofía. Porque un niño asombrado mira, escucha e interioriza de forma limpia de prejuicios. El asombro lo coloca orientado hacia la expectativa de la realidad, preparado para adentrarse en ella. El acto de sentirnos asombrados nos libera, aunque sólo sea por unos instantes, de la dependencia de las ideas que sobre lo real se nos van imponiendo. Cuando esto no ocurre tendemos a quedarnos esperando, con ansiedad o aburrimiento, que el mundo nos entretenga. En la medida en la que recuperamos nuestra capacidad de asombro no tememos el silencio. Muy al contrario, se nos muestra éste como un amigo; un compañero de camino que nos ayuda a reflexionar, formular preguntas y buscar respuestas. En ese ámbito de realidad virginal, debajo a veces de muchas capas de sedimento, seguimos siendo niños creativos. Allí nos sigue esperando nuestra genialidad, en algún ángulo del salón oscuro, como rimara Gustavo Adolfo Bécquer.⁸

Ese niño asombrado, como nuestro propio destino de autosuperación constante, mantiene una sensibilidad y una atracción natural hacia la belleza, porque de ella emana tal capacidad. Por eso mismo, cada uno de nosotros, cuando podemos vernos rodeados de belleza, más allá de las limitadas apariencias, tenemos la oportunidad de encontrar motivos para asombrarnos como niños.

Desde ese asombro infantil, la belleza se nos mostraría, siguiendo el eco de los grandes filósofos que veíamos antes, como la manifestación de la armonía, el amor y la bondad. Lo bello para nuestro niño interior estaría en todo aquello que respeta nuestra armonía, nuestra coherencia, nuestra vocación amorosa y nuestra bondad. Por este camino recuperaríamos el valor de nuestra naturaleza, nuestra inocencia, los ritmos del fluir vital y la sed de lo misterioso. En la medida en que todos y cada uno de nosotros, como niños jóvenes o viejos en apariencia, conseguimos armonizar nuestro proceso vital interno con un entorno construido a nuestra medida, logramos que se desvanezca en nosotros la tensión y la falta de integridad que bien podrían ser la raíz de muchos de los trastornos que podemos observar hoy en día, allá donde miremos.

Conclusiones

Educar en valores a través del asombro es replantear el aprendizaje, la educación esencial que habría de caracterizarnos como peculiaridad de nuestra existencia humana, como un viaje que nace desde el interior de la persona; una aventura que nos debe sorprender con su belleza en cada instante. Un camino que, a cada paso, ha de llevarnos por una consideración profunda de lo que reclama nuestra naturaleza: el niño que sigue esperándonos para sonreír con ternura en nuestro interior. El niño al que debemos servir con nuestra inteligencia y madurez de vida experimentada.

La sobresaturación de estímulos en la que nos encontramos inmersos, orientados fundamentalmente hacia un consumo constante y desmedido, a través de las "modas", que determinan lo que ha de ser valioso en nuestras vidas, ocultan nuestra propia capacidad de asombro ante lo sutil y delicado; nuestra peculiaridad entrañablemente humana, frente a lo primariamente animal de nuestra naturaleza o lo robótico de un camino que nos va robando con sutileza, día a día, nuestra libertad y capacidad de creadores responsables de nuestra propia existencia. En ese camino caótico, en el que ya no hay tiempo para reflexionar y sentir con serenidad, para

contemplar, expresar y compartir lo sutil, aquello que nos llena y alimenta desde la belleza de la existencia, tenemos como contraste el estrés, la ansiedad, la lucha y desequilibrio social: los antivalores que nos embrutecen en la autoaniquilación de la especie; en el suicidio lento y colectivo del sinsentido existencial.

Se propone, como alternativa a lo inmediatamente expuesto, recuperar la educación en el asombro hacia lo sutil y delicado, tanto en las ciencias, en las artes y en la convivencia humana; aquello que no se puede comprar con dinero ni se convierte con facilidad en objeto de consumo, pero que nos permite recuperar el sentido, el valor y el equilibrio sano de nuestra naturaleza, desde donde florecen los valores sin necesidad de imponerlos ni esforzarnos en conquistar, robar o imitar las apariencias. Una educación que fluye entre el respeto por lo propio y ajeno, por valorar lo diferente como aquello que nos permite contemplar horizontes nuevos de sugerencias vitales. Un proceso continuo y constante que valora y aprecia lo bello en las pequeñas cosas de cada día, invitándonos a colaborar en la construcción de un mundo más habitable, gozoso e íntimamente enriquecedor, que nos haga compartir sonrisas de ternura y serenidad, desde la voluntad de ayudarnos mutuamente sin engaños, esclavitudes, manipulaciones o traiciones. Un camino sereno, con aromas de paraíso, donde trabajar con intensidad, cada día, según la especialidad y habilidad de cada persona, sin cansarnos, aburrirnos o desmotivarnos, porque experimentamos constantemente el gozo de crear, percibir, sentir, expresar y compartir belleza, millones de veces multiplicada por nuestra propia diversidad y peculiaridad humana. Un camino metodológico en el que lo cuantitativo y cualitativo caminen de la mano, integrando nuestras pasiones, sentimientos y razones; un camino de belleza, conocimiento, aprecio, asombro y valoración.

*Doctor en Educación en valores por la UAM, España.

¹ Platón, *Diálogos. Volumen I: Hippias mayor*. Gredos, Madrid, 2003.

² *Metafísica*, XII, 7, 1072.

³ Friedrich W. Nietzsche, Filólogo, filósofo, poeta y músico de origen alemán (1844-1900).

⁴ Friedrich W. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*. "De las mil tablas" (ed. José Rafael Hernández Arias). Valdemar, Madrid, 2005.

⁵ Immanuel Kant (1724-1804). Filósofo alemán que marcó un antes y un después a través de su análisis crítico de la razón y los límites del conocimiento humano.

⁶ María Zambrano (1904-1991). Filósofa española que alcanzó relevancia y reconocimiento en el último cuarto del siglo XX.

⁷ Ludwig Wittgenstein (1889-1951). Filósofo austriaco-británico de marcada influencia a principios del siglo XX, especialmente a través de su *Tractatus Logico-Philosophicus*.

⁸ Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870). Poeta español del Romanticismo, muy conocido por sus Rimas y Leyendas. Referencia a la Rima VII: Del salón en el ángulo oscuro... <https://ciudadseva.com/texto/rima-07/>

Fecha de recepción: 2018-05-13

Fecha de aceptación: 2018-06-02